

La venganza de Malthus

NIALL FERGUSON

LA VANGUARDIA, 5.08.07

Thomas Malthus, el gran demógrafo y economista, tenía veintitrés años la última vez que en Gran Bretaña hizo un verano tan lluvioso. Fue en 1789. Las consecuencias de las excesivas precipitaciones caídas a finales del siglo XVIII fueron fáciles de predecir. Se perderían los cultivos, las cosechas serían magras, los precios de los alimentos subirían y algunos pasarían hambre. No fue una casualidad que la Revolución Francesa estallara ese mismo año. En 1789, como consecuencia de condiciones climáticas similares, el precio de la hogaza de pan aumentó un 88%. Los historiadores de la izquierda como Georges Lefèbvre vieron en este hecho la causa principal de la caída de Luis XVI.

Nueve años después de aquel lluvioso verano, Malthus publicó su *Ensayo sobre el principio de la población*, una obra que hoy nos convendría releer. La idea clave de Malthus era simple y demoledora; observó que el crecimiento de la población humana, si no se controla, aumenta de forma geométrica y que el suministro de alimentos lo hace de forma aritmética. En otras palabras, la humanidad puede aumentar según la secuencia numérica 1, 2, 4, 8, 16..., mientras que nuestros suministros de alimentos no pueden aumentar más que siguiendo la secuencia numérica 1, 2, 3, 4, 5... Está muy claro que somos mucho mejores reproduciéndonos que alimentándonos.

A raíz de esta inexorable divergencia entre el comportamiento de la población y del suministro de alimentos, Malthus llegó a la conclusión de que el crecimiento de la población debía "someterse a un estrecho y constante control". Ese control se haría de dos maneras, mediante la miseria y el vicio, con lo cual se refería no sólo al abuso del alcohol sino también a la anticoncepción y al aborto (al fin y al cabo era pastor anglicano).

"Los vicios de la humanidad actúan como hábiles y activos pastores de la despoblación - escribió Malthus en un pasaje especialmente acongojado de la primera edición de su ensayo-. Forman la avanzada del vasto ejército de la

destrucción y, con frecuencia, ellos solos consiguen rematar la espantosa obra. Pero si llegaran a fallar en esta guerra de exterminio, detrás de ellos, en una terrible formación de batalla, siguen las malas cosechas, las epidemias, la peste y las plagas, para arrasar con miles, decenas de miles. Si aun así la victoria se resistiera, la hambruna, gigantesca e inevitable, acecha en la retaguardia, y con un solo golpe poderoso nivela la población y los alimentos del mundo".

Me gustaría tener un almuerzo gratuito por cada vez que he oído a alguien hacer la siguiente declaración: "Malthus se equivocó". En apariencia, es cierto, la humanidad parece haberse liberado de la trampa malthusiana. Desde los tiempos de Malthus, la población mundial se ha multiplicado algo más de seis veces, hace poco ha rebasado los seis mil millones. Al mismo tiempo, en todo el mundo la esperanza de vida ha aumentado de 28 a 67 años. Por otra parte, el suministro diario de calorías para el consumo humano también ha crecido, y en la década de los noventa del siglo XX superó las 2.700 per cápita. En Francia, en vísperas de la Revolución Francesa apenas alcanzaba las 1.848 calorías. Desde tiempos de Malthus, el promedio de ingresos de una persona se ha incrementado más de ocho veces. Además, las personas son más altas y más corpulentas. La estatura media del varón británico era de aproximadamente 1,62 m. En la actualidad, es de 1,72 m. En la tierra de la libertad, la comida es tan abundante que un quinto de la población estadounidense puede clasificarse de obesa.

Esta aparente huida de las predicciones de Malthus se explica, tradicionalmente, con la sucesión de revoluciones experimentadas en la agricultura mundial, que han culminado en la *revolución verde* de la posguerra y en la actual oleada de cultivos genéticamente modificados. Desde la década de los cincuenta, la superficie cultivada en todo el mundo ha aumentado aproximadamente un 11%, mientras que el rendimiento por hectárea ha crecido un 120%. En el 2004, la producción mundial de cereales superó la marca de los 2.000 millones de toneladas métricas.

Sin embargo, estas estadísticas no refutan a Malthus. Tal como él dijo, la producción de alimentos crece únicamente de forma aritmética, el gráfico de la

producción mundial de cereales desde 1960 muestra esa progresión lineal que va de algo menos de 1,5 toneladas métricas a alrededor de tres. Entre tanto, tal como Malthus predijo, el vicio y la miseria han evolucionado para evitar que la población humana creciera geométricamente.

Por otra parte, la anticoncepción y el aborto se han utilizado para reducir el tamaño de las familias. Además, las guerras, las epidemias, los desastres y las hambrunas han aumentado considerablemente la mortandad. En su acción conjunta, el vicio y la miseria han asegurado que la población mundial creciera en proporción aritmética y no en proporción geométrica. Tanto es así que entre ambos han conseguido reducir la tasa de crecimiento de la población, que a principios de los sesenta estaba en el 2,2%, hasta alrededor del 1,1% actual.

La verdadera cuestión radica en saber si nos encaminamos hacia una nueva era de miseria. Aunque la proporción de crecimiento siga siendo aritmética, la ONU calcula que en el 2050 la población mundial habrá rebasado la barrera de los nueve mil millones. ¿Podrá la producción mundial de alimentos mantener el mismo ritmo? El fisiólogo vegetal Lloyd T. Evans ha calculado que "para mantener una población de ocho mil millones debemos alcanzar un rendimiento medio de cuatro toneladas por hectárea". En estos momentos, tal como hemos observado, ese rendimiento está en tres toneladas por hectárea. Y faltan algo menos de veinte años para que en el mundo seamos ocho mil millones de personas.

Entre tanto, existen fuerzas debidas a la obra del hombre que conspiran para poner techo a la producción de alimentos. Es muy posible que el calentamiento global y el cambio climático que le sigue aumenten la incidencia de las condiciones meteorológicas extremas y causen daños permanentes en algunas zonas de cultivo. Este año las cosechas británicas no serán las únicas afectadas. Al mismo tiempo, nuestro esfuerzo por frenar el calentamiento global pasando de los combustibles fósiles a los biocombustibles hace que se dediquen cada vez extensiones más grandes de tierra a este recurso en detrimento de la producción de alimentos. Según datos de la OCDE, en el 2016 la producción estadounidense de etanol del maíz y el consumo europeo de semillas oleaginosas para

biocombustibles se habrán duplicado. Hace apenas unos días, el director ejecutivo del Programa Mundial de Alimentos expresó su preocupación por los efectos no deseados de este inmenso cambio de recursos.

A algunos les preocupa el pico del petróleo. A mí me preocupa más el pico de los cereales. Lo cierto es que la producción mundial de cereales per cápita ya superó su pico a mediados de los ochenta, a causa del desplome de la producción en la ex Unión Soviética y en el África subsahariana, entre otras razones. Al mismo tiempo, en Asia el aumento de los ingresos está contribuyendo al crecimiento de la demanda mundial de alimentos.

Ya se hacen sentir los síntomas de la escasez de alimentos que se avecina. En los últimos dieciocho meses, el Fondo Monetario Internacional ha registrado un aumento del 23% en los precios mundiales de los alimentos. Tal vez el lector lo haya notado. Yo lo tengo comprobado.

Evidentemente, no se supone que notemos el aumento de precios. Las autoridades monetarias de Estados Unidos insisten en que debemos centrarnos en lo esencial, el índice de precios al consumo, que excluye el coste de los alimentos y los combustibles. Según esa medida, en Estados Unidos la inflación anual es de apenas el 2,2%. Pero la inflación de los precios de los alimentos es más o menos el doble. En Gran Bretaña ocurre otro tanto. Oficialmente, la inflación británica alcanzó el 2,4% en junio. Pero el precio de los alimentos supone el 10,3% de los productos que componen la cesta de la compra en la que se basa el IPC. En la actualidad, la inflación del precio de los alimentos se sitúa en el 4,8%.

Y va a peor. La semana pasada, en Estados Unidos, me tomé un sandwich de ternera con queso, pimientos, cebolla y champiñones asados, y me costó un ojo de la cara. Es porque la inflación del precio del queso es del 4%, la de la ternera es del 6% y la del pan, del 10%. Hoy en día, en Estados Unidos la ternera cuesta un 53% más que hace diez años. Cuando regresé a Gran Bretaña, y me dio por almorzar pescado con patatas fritas, la cosa fue mucho peor. Eso es porque en Gran Bretaña la tasa de inflación del precio del pescado está ahora en el 11%,

seguida de cerca por la de la patata, que ronda el 10%.

Hace más de doscientos años Malthus se planteó lo siguiente: "La gran incógnita que debemos resolver es si, de ahora en adelante, el hombre avanzará a velocidad creciente hacia una mejora ilimitada y, hasta hoy, inimaginable, o estará condenado a oscilar perpetuamente entre la felicidad y la miseria".

Hemos vivido mucho tiempo engañados creyendo que era posible *mejorar ilimitadamente*. A medida que el mundo se acerca a una nueva era de carestía, la miseria y su antiguo compañero, el vicio, parecen resueltos a reaparecer pisando fuerte, tal como Malthus predijo.

NIALL FERGUSON, titular de la cátedra Laurence A. Tisch de Historia en la Universidad de Harvard www.niallferguson.org

© Niall Ferguson, 2007 Traducción: Celia Filipetto